

Presentación:

La antropología es una de las ciencias de la contemporaneidad de más complicada trayectoria. Formulada como un instrumento para validar dominios coloniales que caracterizaban las formas de poder entre Imperios centrales europeos en sangrienta campaña y unas periferias inconexas entre sí, pero con la misma y efectiva dominación.

Al igual que la Historia y la Sociología también tuvo su época de positivismo duro. La Antropología se alimentó y a la vez nutrió la búsqueda de nuevos órdenes cuando los sistemas imperiales decimonónicos empezaron a resquebrajarse. Sin embargo, aún seguía siendo la ciencia que permitía una aproximación al Otro pero siempre desde un eje eminentemente jerarquizado en la lógica de civilización (norte, Occidente, Europa, blanco, rico) vs. salvajismo (sur, no occidental, no blanco, pobre, subdesarrollado).

Poco a poco, pero sostenidamente, el ser humano empezó a entender que la Antropología podía ser algo más que un mecanismo más en el mecanismo de dominación pos colonial. Al lado de la Antropología física, que buscaba las manifestaciones biológicas que validaran el predominio de un grupo racial sobre los demás, se fueron añadiendo nuevos referentes para entender la impresionante diversidad que implica la propia existencia del ser humano.

Así, la carga ideológica de la Antropología tradicional tuvo su contraparte cada vez más sólida e ideologizada. A una Antropología de la dominación se le enfrentó una Antropología de liberación. Pero como todos los procesos propios de la Guerra Fría, ambas corrientes, cada vez más lejanas y enfrentadas, empezaron a dejar espacios a nuevas formas de entender y entendernos.

En el Perú, la ciencia que nos ocupa, tuvo a su vez lecturas que terminaron en un producto inesperado y rico. Mientras que los países centrales usaban la Antropología para conocer al Otro, en muchos casos movidos por la simple curiosidad por lo exótico, en nuestra compleja sociedad la Antropología empezó a ser usada para conocer al Nosotros.

«No hay país más diverso...» diría José María Arguedas, el gran maestro. Frase nacida de asombro de constatar que somos un colectivo donde la colosal variedad de pisos ecológicos es directamente proporcional a la gigantesca variedad cultural de sus integrantes. Carlos Iván Degregori lo coloca de título a su extraordinario compendio de antropología peruana.

Si hay una lección de la contemporaneidad en las ciencias sociales, es que nuestra nación es portadora de un conjunto abrumador de elementos culturales que se entretajan en una gran red irregular de significados y significantes, de registros y voces que aún no terminamos de comprender, asimilar y mucho menos gestionar.

Recuerdo que siendo estudiante del primer año de la Carrera de Antropología (a finales de los años 70' aún no había Escuelas) leía con pavor los informes de uno de los primeros congresos de estudiantes realizados en el Perú, que reflejaban una agria discusión en torno al «objeto de la antropología» y que terminaba concluyendo que no se podía definir un unívoco, consensuado y universal objeto de estudio para nuestra carrera. Pero esa supuesta ambigüedad alimentó una curiosidad mayor en generaciones de jóvenes que se acercaron a la especialidad, asombrados por la cantidad de puertas que podían abrirse y las posibilidades de análisis de una sociedad compleja, variada y, en gran proporción, desconocida.

Luego de años de ausencia de mi región, mi país y hasta mi continente, volví a encontrarme con la antropología a mi regreso. Si bien yo me había especializado en Historia Cultural, mi afinidad y atracción por la antropología se acrecentó porque descubrí que historiadores y antropólogos hablábamos el mismo idioma y podíamos mirar en la misma dirección.

Es por esto que es especialmente halagador y profundamente entrañable, la invitación a presentar este número de la Revista Peruana de Antropología. La madurez científica de los artículos, la osadía de elección de los temas a investigar, la frescura de los textos y el extraordinario amor que tienen los autores por su especialidad y temática (que se trasluce en cada párrafo de los escritos)

resulta en un producto que no es sólo la suma simple de investigaciones puestas juntas en una publicación. Más bien el resultado es una invitación directa a pensar en otras realidades sin dejar de mirar la propia, a ver nuevas formas de abordar los problemas investigativos sin dejar de meditar en los que tenemos a la mano y una invitación, al fin, para aprender.

En el presente número podemos transitar por dos deliciosos trabajos de la Antropología de la Religión, otros artículos se detienen en la problemática de los pueblos indígenas, sus relaciones con el poder y sus conflictos de género. De igual manera, el lector interesado puede acceder a varios artículos muy sólidos que se acercan a problemáticas tan diversas como el uso de las nuevas TIC's en el sector agrícola y turístico, la mercantilización del ayahuasca en el mundo amazónico y un gran trabajo referido al sistema de cargos en la Antropología de Ester Hermitte.

Una publicación no sólo se mide por los laureles y diplomas de los articulistas. Tampoco por la calidad y profundidad de las investigaciones convertidas en artículos. Se mide también por los impactos que ocasiona en su comunidad académica más próxima, los diálogos y discusiones que genera y las sinergias investigativas que provoca. Espero fervientemente que este cuarto número sea objeto de lectura, de diálogo, de discusión y aprendizaje.

Jorge Bedregal La Vera.

